

## ÑEROS

Hay una patria sui géneris, en cuya capital hay niños demostrando poder crecer con sus propios medios, enfrentando las más duras pruebas para sobrevivir y cuya presencia parece aceptable en la ciudad con el mayor número de habitantes, escuelas, colegios y universidades del país.

Los conejillos de indias del excepcional experimento, son pequeños dopándose con pegantes de caucho para no sentir los asedios brutales del hambre y la realidad.

Con suerte crecerán en estatura, con la tendencia siniestra de no inspirar lástima y los mayores peligros que corren, son ver crecer sus mañas y las adicciones narcóticas. Tampoco sienten lástima, roban lo que pueden y viven la indigencia. Se visten con harapos, su increíble capacidad para soportar errores ajenos los hace convertir en cama cualquier lugar.

Están incompletos, sus creadores los olvidan y fracasaron al deber guiarlos. Son hijos del desamparo y viven circulando la energía negativa que les inyectaron con malos ejemplos.

Los capitalinos los llaman “gamines”, porque son víctimas de la degradación propia y ajena, y porque son cochinos y malolientes. Entre ellos se decían compañeros y abreviaron la palabra creándose el sinónimo de “ñeros”; el calificativo también les quedó incompleto. Son para esconder, quienes los empujaron a la perdición son los primeros en negar su responsabilidad.

La corrupción los crea, la inmoralidad y la violencia los alimenta y luego pretenden aminorarlos con envenenamiento y plomonia; no es pulmonía, es causada por balas de plomo disparadas por títeres del poder. Debería encarcelarse a los responsables con el cargo de obligar a otros a vivir incompletos, para ser desechados entre manifestaciones de estupor, aunque muchos *ñeros* lo son por rebeldes.

La responsabilidad de ellos mismos se las cobra la calle y otra parte recae en sus familias, también son responsables quienes conviven con ellos sin prestarles debida atención a sus males. Debe agregarse la culpabilidad de los servidores públicos que se movilizan en vehículos blindados, pagando

secuaces para su protección y derrochando bienes del Estado, en vez de invertir en educación social. Terroristas y antisociales, con microtráficos, tienen también cuota en el fenómeno de los *ñeros*.

Miopía mental es el mal de quienes los rechazan, rehabilitarlos necesitaría dinero que se reparten con patrañas o intimidando. ¿Cómo es posible tanta hambre, prostitución y violencia, sin que sus causantes hagan nada para dejar de extender esos males?.

Los *ñeros* son consecuencia de parásitos ocupándose con ahínco de pasear en los vagones de un Estado corrupto. Son ripias de politiquería e ideales primando la conveniencia de pocos, en detrimento de mayorías debatiéndose en rapiñas por el pan, creando en familias de nepotistas vicios como la prodigalidad y el desinterés por el trabajo honesto. ¿Cómo puede alguien creer que ignorando los problemas éstos desaparecen? O peor aún, ¿cómo pretender eliminarlos transfiriéndoselos a otros?. Al no impactarse un colombiano cuando ve a un *ñero* ni tomar cartas en el asunto, acepta una condición que tarde o temprano lo afectará, porque los *ñeros* son parte del entorno y para drogarse roban, hallando jibaros y reducidos de mercancías robadas, patrocinando sus vicios y mezclándolos con personas “normales”, con quienes controvierten, negocian o conviven.

Un *ñero* es, fue o será, una niña o un niño de la calle. La caridad por ellos no atrae masas como unas elecciones, a los *ñeros* es impropio invertirles presupuestos como los asignados para nefastos días de comicios. Miserables quienes los condenaron a vivir de carroña y desperdicios, deberían judicializarlos y someterlos a estudios, cual si fueran bichos raros.

La plomonia controlada por perversos patrocina grupos insurgentes, delincuentes, aparato policivo y militar, quienes con sus armas son barreras costosas, financiadas en otro país desmoralizado cuyas leyes protegen a sus más encarnizados enemigos, en vez de incentivar la verdadera misericordia.

Es grave que el sistema de protección a la ciudadanía sólo sea reactivo. Para colocar una simple denuncia los trámites son excesivos, engorrosos y a veces peligrosos. Tratar de quienes no tienen

doliente se complica por los que castigan sin tener autoridad moral. Los científicos reciben miserias de presupuesto comparados con lo gastado en la irónica defensa nacional, o en diplomacia ejercida por hipócritas que roban mucho más que los *ñeros*, pero escenifican alardes de nobleza.

Al fenómeno de los *ñeros* fluyen causales dilucidables respondiendo las siguientes preguntas: ¿Los políticos sacrificarán sus prebendas o la corrupción? ¿Acaso las autoridades desconocen la ubicación de antros para lujuria, comercio ilícito y perdición, de donde brotan *ñeros*, perversión y violencia social? ¿Las autoridades estarán siendo sobornadas o polarizadas? ¿Por qué los hijos entristecen hogares huyendo o entregándose a cualquier vicio? ¿Cómo hay consciencias supeditándose tan fácil por sucias oportunidades de la permisividad? ¿Cuál cárcel de un país plagado por corruptos mentirosos será reformatoria? ¿Habrá jueces con la consciencia limpia para sentenciar o condenar, si fuera así no habría tanto malévolo libre, exhibiendo flagrantes sus fechorías? Y, al final deberá responderse: ¿Qué podrá hacerse para impedir el fenómeno de los *ñeros*?

Readaptación no es la palabra clave para afrontar la indignancia de los *ñeros*, más bien podría aplicarse moralización o austeridad en focos de mayor despilfarro. Ignorar los *ñeros* facilita hablar de positivismo y mencionar objetivos altruistas en cócteles, reinados, desfiles y en publicidad perniciosa promovida en medios de comunicación. Seguir confiando en mentirosos y maliciosos, desestima la base donde se afianza el salto del crecimiento y crea trampas para desdeñar la dignidad. El número de *ñeros* a veces disminuye y no es por la rehabilitación adelantada por unos conscientes. Asesinan o desplazan a parte de los *ñeros* y “nadie” es responsable.

Ay de Colombia si continúa ignorándose tanto dolor, se seguirá fallando por complicidad y se insistirá con quimeras de riqueza y autoestima discriminatoria, haciendo a unos creerse más que otros. El papel, las palabras y la propaganda gubernamental pueden justificar lo superficial, pero la realidad colombiana refleja un país pudriéndose, donde los mayores ladrones, los de cuello blanco, quienes

llevan más de quinientos años aprovechándose en un país que por ser tan bendito no ha caído en la miseria. Ni la revolución armada o el apoyo a la maquinaria política, alejarán a Colombia de los cuidados intensivos a que se aproxima, generando pésima reputación.

Cuando personas en paz enfrenten al energúmeno, el artífice del odio deberá controlar sus convulsiones y podrá volverse solidario. Si los hogares dejan de convertirse en sistemas de complicidad, se detendrá la maldad que viola el derecho a vivir y restringe la dignidad. Quienes se enriquecen en medio del desconsuelo, debían evitar ser semillas de diferencias y desamor, sus culpas no se limpiarán por irse a otro país o pagando por su seguridad. Contrastes en la educación, distintos ingresos y estratos, anticipan contradicciones entre hermanos de época. Por más que se evite publicitar a los *ñeros*, ellos y su pobreza recalcan la antítesis del buen morir, en un país atragantándose con tristezas y dolor. A la patria debe amársele y ella también debe amar a sus “hijos”, es justo retribuir amor a quien lo entrega y no tener que amar a quien impone sus leyes.

“Padres de la Patria”, debiesen llamarse “hordas antipatriotas infectadas por desacato”, tras de los cuales hay padres de familia cansados de ser pobres y jóvenes con ansias de poder, postulándose para ediles, concejales y representantes, con la intención de ser también “Padres de la Patria”, sin autoridad moral y actuando con el poder proporcionado por un Estado ecléctico, sin castigo para quienes abandonan a sus hijos. Es indiferente un político deshonesto y un padre que sólo se preocupa por sus necesidades, ignoran las responsabilidades que conlleva su rango.

El amor no es un juego y por creerlo así es que hay tantos niños criando a otros niños menores, sin las bases de un hogar o una familia. Los hijos de hogares disueltos y mal desarrollados, resultan ser los más perjudicados con burdas travesuras que pueden convertirlos hasta en *ñeros*. Muchos objetivos individuales tratan de hacerse uno, para obtener algo con valía en un país pobre, donde los verdaderos valores son burlados con la flagrantia soez que inspira barbarie.

Ay de Colombia sostenida con retazos teóricos, con ciudadanos engañados igual que los *ñeros*, conformes con desechos de humanos veleidosos y convalecientes. La capital colombiana se levanta sobre tierra doliente entre sus heridas y ultrajada por interesados de turno. Colombia es gobernada por mayorías de forajidos en alardes de conmoción, habilitándose con vicios que legalizan sus poderes. El planeta aguanta hegemonía de aprovechados, disfrazándose como quejosos, quienes patrocinan la maldad y desarrollan habilidad para impactar con discursos. Multitud de dirigentes modelan sus recuas fraticidas, utilizando categoría de reos ausentes o “invisibles”, gracias a ingeniosos paradigmas del poder. En Bogotá se evita reflejarse en el espejo resquebrajado de los *ñeros*. Algo parecido ocurre en otras capitales del mundo y miran con estupor la indigencia o la disimulan, sin ayudar a limpiar las almas de los responsables y tampoco la de habitantes sintiendo que no es su problema.

Cuántos niños en la calle deben sacrificarse para que la opinión pública comprenda que están inmolándose ángeles a diario, aunque se hace caso omiso a tan magnas ofrendas. Infantes violados y maltratados por adultos disolutos, no son suficientes para encarar con energía el problema común de los *ñeros*. Esto ocurre porque quienes votan eligen con ilusiones egoístas y aguantan con masoquismo idealista; eso sí, quienes tienen oportunidad viven gastando con desaforo, mientras la sangre de víctimas sociales resume en cloacas de miseria. *Ñeros*, indigentes, presos, pordioseros y dementes, son muestra fehaciente del imprevisto desarrollo, creciendo paralelo a la magnitud de los engaños.

El irrespeto es génesis de insurgentes y desquiciados. La trampa ideológica es cuna intangible para los desarrapados, al arbitrio de colombianos que parecieran tener el corazón dopado y los ojos vendados, sin evitar más *ñeros*. Con lo malgastado en cien políticos vivirían mil ciudadanos, aunque decirlo en los dominios del país ofrendado al Sagrado Corazón de Jesús, es bautizarse de “mentiroso” o de sublevado. Son los *ñeros* hijos legítimos de una nación desatendiendo la importancia de la hermandad, cuando su penetrante olor es desapercibido, se manifiesta la carencia del sentido humano que enriquece a los insaciables de dolor y a sus sequitos. El día en que se respeten los derechos de los

*ñeros* como ciudadanos, cantarán los ángeles, felices de ver fructificar tantos sacrificios en pos de una patria mejorando su futuro. Debe mantenerse la esperanza en quienes tengan con qué enfrentar la realidad de la indigencia, sin usar armas para desangrar con aberración al país.

Orientemos a los *ñeros* para que abandonen el absurdo frente de batalla donde son colocados, brindémosle recursos para hacer un mejor uso de su libertad y de los dones que desperdiciaron por esclavizarse de algún vicio pernicioso. El aislamiento o la desidia son evasivos, no debe olvidárseles porque horroriza evidenciar tantas felonías de compatriotas cómplices.

Es entendible que disguste reflejarse en el espejo de los *ñeros*. La desconfianza de encontrárselos se refleja cuando un colombiano ingresa a centrales de transportes nacionales o internacionales y recibe desconfianza. Se expone el preludio de una elegía que no debe ser escenificada ni trasformada en novela. El pasado escribió crisis y masacres peores en otras naciones, sin ser éticamente viables. Debe aprenderse para buscar futuros más promisorios. Debe evitarse enjugar con más lágrimas y sangre los dolores de una patria tan herida. Usar plomonia demuestra incapacidad de raciocinio conjunto e incita crueldad. Permitir que la indigencia siga posibilitando transar niños recién nacidos por bazuco alucinógeno, atenta contra el profundo amor que merecen los hijos.

Cada colombiano que respete la vulnerabilidad de sus hijos, tomará más tiempo para saber sus actos y anhelos, propendiendo también porque se asigne presupuesto para evitar *ñeros* o rehabilitarlos, sin seguir omitiendo el dolor ajeno, de lo contrario un día el dolor colombiano puede ignorarse por el resto de humanidad para ser tratados como los *ñeros* del mundo, y quizá alguien, creyéndose más poderoso o razonable, querrá tomar nuestras vidas en nombre de una limpieza social vedando las verdaderas causas de tanta dejación.